

Dos cajetillas de tabaco

Un cuento de la vida real

Para el hombre aquel, con mi más cariñoso y emocionado recuerdo.

La verdad es que el hombre aquel podía haber hecho la menor necesidad fisiológica en la posada, de donde momentos antes había salido, con su hijo, hacia la cercana estación, que se acercaba ya la hora en que debía coger el tren para Valencia a visitar a la familia.

Mal, muy mal había estado aquello. Así se lo dijo el sereno cuando le llamó la atención, y se lo dijeron después en casa muchas veces a lo largo de mucho tiempo. Pero el buen hombre nunca lograba convencer cuando daba las explicaciones del porqué lo había hecho. Pero con el tiempo, la verdad es que el caso fue también explotado jocosamente, dándole carácter entre patético, que bien mirado lo fue, por cómo sucedió y en qué circunstancias, y un tanto gracioso; porque al correr del tiempo, analizando y visto con una mayor serenidad, la que da la condición de ciudadanos ya maduros, superada la escala simplemente animal que en alguna fase de la vida se suele tener, pues hasta produjo el caso una mezcla de tristeza y risa en cierto modo reconfortante. Y es que el caso en sí no era para menos.

Eran unos tiempos en que el rubor, la vergüenza y hasta el mismo sentido de culpabilidad en muchas cosas, por íntimas que fuesen, le invadían a uno y costaba mucho superar esas situaciones. Costaba esfuerzo el simple hecho de dar a entender que también se era débil, sensible, que se tenían defectillos, aunque no fuesen más que necesidades propias y comunes a todos, que se acostumbraba a remediar en la propia intimidad. Como si los otros no tuviesen. Y luego estaba la ignorancia, el retraso social, la incultura, la casi indigencia permanente en que se vivía. Y como telón de fondo, el recuerdo cercanísimo de una feroz contienda que nos deformó a todos y que jamás tuvo razón de ser. Una auténtica calamidad.

Así fue y en tales condiciones, que los hombres en aquel entonces se tenían que mover de un lado para otro y cambiar súbitamente de situaciones como buenamente podían, actuando muchas veces al socaire de acontecimientos desagradables que salían al paso, empleando todo tipo de argucias o sutilezas, en cuyas redes ellos mismos caían con tanta frecuencia.

Ellos no sabían más, su entorno les absorbía y simplemente se dejaban llevar, sin casi capacidad de reacción ante circunstancias nuevas que se les presentaban. Y así eran con frecuencia víctima por inducción de las situaciones y entornos ajenos a la cotidianeidad de cada día.

El dicho tren aquel pasaba por Teruel a las tantas de la madrugada y aunque había otro por el día, también pasaba a mala hora, de modo que era preciso coger este de la madrugada, que llegaba a Valencia a buena hora; porque luego había que coger otro en otra estación hasta el destino final.

Llegarían del pueblo a Teruel por la tarde-noche y se metieron en aquella posada tan conocida que había entre la plaza de San Juan y la del Torico, donde tan bien atendían a los del pueblo, que creo no les cobraban nada, porque lo más que hacían era meterse ellos y sus bultos, sentarse en el salón y estar un poco abobados mirando constantemente al reloj de pared, que andaba tan despacio, deseando que las manecillas llegaran a la hora marcada para bajar a la estación.

Y claro, en semejantes condiciones de alojamiento que a tan poco daban derecho, el hombre aquel y su hijo, seguro que ni tuvieron valor de preguntar por el servicio, para hacer aquella pequeña y tan importante necesidad. Se aguantaron como pudieron, porque ellos sabían que el tren tenía unos servicios, aunque muy malos y también los había en la estación, y eran de todos.

Y aguantaron bien. Pero tan pronto salieron de la posada, nada más llegar al Ovalo, el hombre aquel ya no podía más, y como a aquellas horas de la noche fría y lúgubre de invierno, no se veía a nadie por allí, se le ocurrió arrimarse al hueco de un grueso árbol, para intentar dar solución a su necesidad. Y lo hizo con mucho miedo y vergüenza, y con la recriminación del hijo que le censuró la acción y por no haberlo hecho en la posada si tanta necesidad tenía. Mas no había ya remedio.

Y hete aquí, que de la penumbra de un portal apareció la sombra grande, enorme y fantasmal, de un sereno, embutido en un grueso capotón que le cubría de pies a cabeza.

Al hombre aquel se le cortó la respiración y también lo otro, porque él jamás se había visto en semejante situación y ante una autoridad, y rápidamente pensó, qué me va a pasar ahora...

A la vez que aquella sombra se le acercaba, retumbó en todo el Ovalo una ronca voz increpándole la acción.

– He... usted..., cochino, ¿qué demonios hace ahí...?

Al hombre aquel se le vino el cielo encima, se le antojó que todo el Ovalo estaba lleno de gente que le miraba, que le hacían momos, le lanzaban reproches y se le reían.

- A ver..., qué hace, hombre de Dios. ¿Dónde se cree usted que está? A dónde van ustedes..., a ver, se expliquen. ¿Y qué llevan en esas maletas?

El fantasmón encendió la colilla que llevaba en la comisura de los labios y lanzó un escupitajo al hueco del árbol.

- Pues mire usted, llevamos unas cosas del pueblo para la familia de Valencia, unas frioleras, poca cosa, y ropas para mudarnos, y unas cajetillas de tabaco también, sabe usted, que en casa no fumamos y son de la cartilla del racionamiento, para la familia de Valencia, que sí fuman.

Al sereno se le iluminaron los ojos, se le ensancharon las fosas nasales, al oír que llevaban tabaco y no pudo resistir.

- A ver a ver. Que eso es contrabando, estraperlo, no se puede llevar encima de esa forma y así por las buenas. Tendré que llevármelos a comisaría, por cochinos y por estraperlistas.

En los oídos del hombre aquel sonó como un mazazo la maldita palabra de comisaría y pensó en los mayores males que le esperaban. Ya no podría coger el tren para Valencia, que estaba a punto de llegar. Y luego aquella vergüenza y deshonra. Qué dirían de él en el pueblo. Aquello era una tragedia. Qué impotencia sentía.

Todo fue muy rápido y mientras de esa forma pensaba, le vino a la memoria, como tabla de salvación, el tabaco que llevaba celosamente en la maleta. Y el sereno fumaba, así que le dijo.

- Mire usted, yo no lo quería hacer, pero tuve necesidad. Y ahora llegará el tren a la estación y no podremos cogerlo, y en Valencia nos esperan, y la familia, y qué dirán. Mire usted señor sereno, el tabaco es mío y yo se lo daré, pero no nos lleve a la comisaría.

El sereno se rascó el cogote, puso cara de circunstancias, se tocó la barbilla y por fin exclamó.

- No sé, no sé, esto me puede comprometer, deme pues un par de cajetillas de ese tabaco y dense prisa si quieren llegar a tiempo de coger el tren, que está a punto de llegar.

Y desapareció calle Nueva arriba, veloz como un fantasma, como había llegado. Y hasta pareció oírse tras él una ronca y sarcástica carcajada, como la que dejan los fantasmas tras la huída.

Vete tú a saber a qué aquelarre iría a contar su aventura, mientras el hombre aquel y su hijo corrieron como viento que lleva el

diablo, Escalinata abajo dando trompicones, porque ya el tren anunciaba su entrada a la estación con su pitido alborotador, temerosos de que algún otro mal pudiera venirles antes de subirse a él.

Luego, un silencio y mutua vergüenza se apoderó de estos dos hombres. Hasta que el sueño les venció.

Cuando despertó, el hombre aquel, pensó si habría sido un sueño. Pero no.